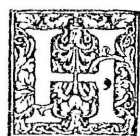


## LA ALHAMBRA Y SU CONSERVACION

POR LEOPOLDO TORRES BALBAS



Hay monumentos imperecederos capaces de arrostrar impunemente la acción destructora del tiempo. Transcurridas varias decenas de siglos de su construcción, podemos aún contemplarlos casi en su aspecto primitivo. Tales las pirámides egipcias y muchos de los grandes templos, en los que invocaron a la divinidad los pueblos de la historia antigua. Abandonados, yérguense imponentes en los desiertos africanos y asiáticos, en las selvas indias y mejicanas. Más que pasajeras fábricas humanas, parecen creación de las fuerzas naturales.

En otros monumentos, en cambio, obras de un pasado reciente, fueron reflejándose todas las épocas transcurridas desde su construcción. De un destino más humano, la vida no ha dejado de circular por sus estancias, modificando formas y disposiciones según las necesidades de las gentes que los habitaron. Y si, al servir de albergue durante varios siglos, su construcción era pobrísima y deleznable, entonces es milagroso que quede de ellos algo más que el recuerdo.

Tal es el caso de la Alhambra. No creemos haya monumento alguno cuya pobreza constructiva sea más grande ni mayor su fragilidad. Los monarcas que levantaron sus torres y salones no reinaban, como los edificadores de la antigüedad, sobre un país de centenares de leguas, ni disponían de miles de esclavos obedientes a su mandato. Los reyes nazaríes lo eran de un pequeñísimo reino de súbditos libres, de humor inquieto, y el dinero que recaudaban de sus Estados emigraba casi totalmente a Castilla, a

servir de precio de una paz siempre amenazada. La ingeniosidad, la gracia y el refinamiento artístico tuvieron que suplir la falta de recursos, y los muros de tierra o ladrillo trabado con argamasa pobre en cal, las vigas mal labradas, de livianas maderas, se ocultaron tras una espléndida decoración de enchapados de barro vidriado, de placas policromadas de yeso o de escayola, de revestidos de delgada tablazón, tallada y primorosamente miniada. Rápidamente pudieron así elevarse frágiles palacios de extraordinaria riqueza y suntuosidad; pero tales obras estaban condenadas a breve existencia. Hiciéronse para el disfrute de sus constructores y sin pensar en la posteridad.

Para el que conozca bien la estructura de las fábricas de la Alhambra será siempre motivo de admiración verlas aún en pie. Pues a la fragilidad de su construcción hay que agregar, como causas de ruina, múltiples incendios y terremotos, y el abandono casi total durante poco menos de un siglo (1750-1830) por la Corona y los gobernadores y encargados de su custodia.

\* \* \*

En el archivo de la Alhambra, inapreciable colección de documentos para su historia, puede seguirse con todo detalle la serie de obras y reparaciones realizadas sin interrupción, año tras año, desde el día siguiente a la Reconquista, para conservar las fábricas musulmanas. Y cuando, por carencia de recursos o abandono, no se llevaron a cabo, no faltan los reconocimientos de maestros certificando del

estado ruinoso de muchos aposentos o las angustias y repetidas peticiones de alcaldes y administradores en solicitud de dinero para repararlos. Que en nuestra antigua hacienda fué tradicional el vacío de las arcas y el pordioseo vergonzante de los servidores del Estado, tanto en recabar sus pagas como los recursos para los servicios que les estaban encomendados.

Realizáronse las reparaciones durante los siglos XVI y XVII, procurando copiar "la obra morisca que estaba hecha" (1552), de modo que lo nuevo no se distinguiese "de lo viejo que a par de ello hay" (1565), quedando "conforme a lo antiguo" (1589), y de tal modo que "no se conozca que ha sido aderezo" (1687) (1).

Fué a mediados del siglo XIX cuando comienza la que pudiéramos llamar época moderna en la conservación, aunque prosiguieron las obras con idéntico espíritu. Engendrónla el movimiento romántico, y casi hasta fines del siglo la llena un hombre, al que podemos ya juzgar con la imparcialidad que proporciona la suficiente perspectiva histórica. Fué D. Rafael Contreras, conservador de la Alhambra desde 1868 hasta 1889, y encargado del taller de restauración desde 1847, uno de estos hombres que, aprisionados por el sugestivo monumento, le consagran por entero su vida, sin que acertemos a representárnosle aparte de él. Alcanzó la época romántica de la residencia nazarí, los inválidos y familias humildes habitando sus estancias; la Alcazaba convertida en penal, teniendo que luchar casi continuamente con la mezquindad de las consignaciones y los apremios de la ruina, que surgía por todas partes. Sus restauraciones fueron lo que daba de sí la época, lo que entonces se hacía en toda Europa con la protesta de algún que otro solitario: radicales, pintorescas y excesi-

vas. Sirvan de ejemplo de ello las del patio de los Leones (singularmente el templete de saliente) y galería del patio de la Alberca, que precede a la sala de la Barca.

Sucedíole en la conservación su hijo, el arquitecto D. Mariano Contreras, quien, de 1890 a 1907, prosiguió, más lentamente y con menos fortuna, la obra paternal. En su tiempo ardieron, en 1890, la cubierta de la sala de la Barca y gran parte de la nave de saliente del patio de la Alberca, poco después reconstruídas.

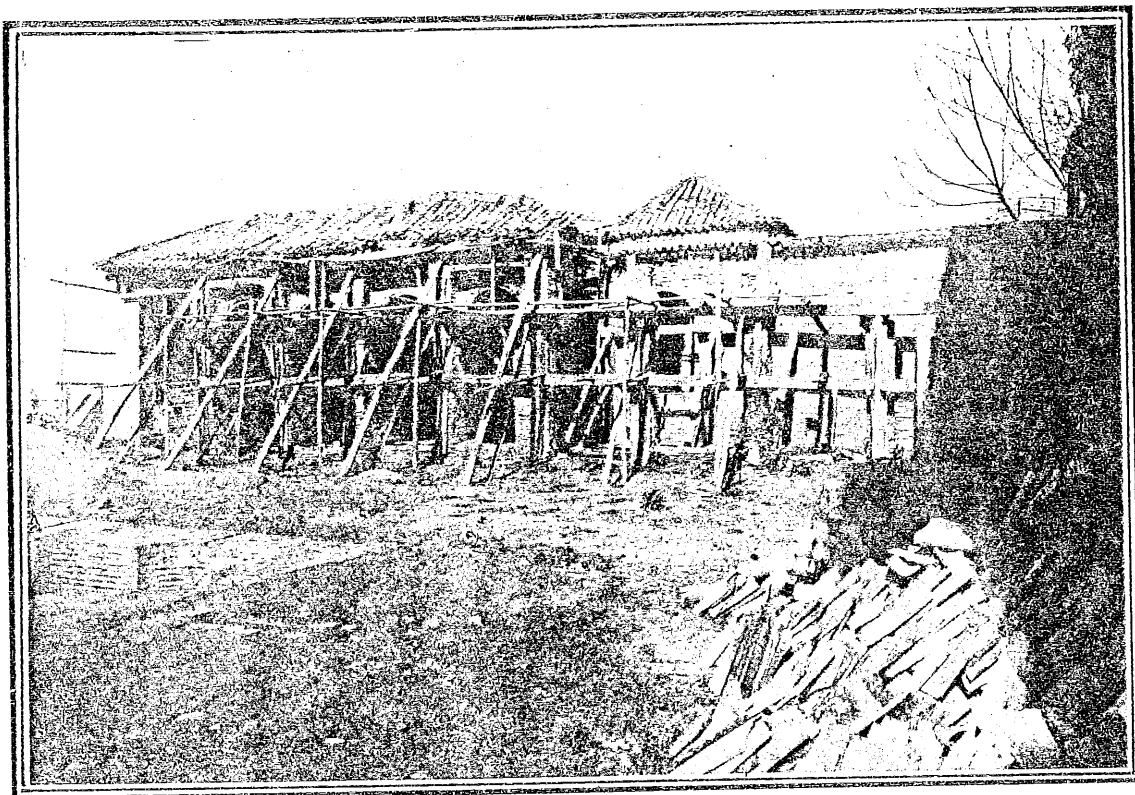
De 1907 a 1923 tuvo a su cargo la Alhambra el arquitecto D. Modesto Cendoya, interviniendo Comisiones especiales y Patronatos durante cortos plazos. Las obras más importantes realizadas en su tiempo fueron el desescombroy consolidación de la Alcazaba, la reparación de los muros y parte inferior de las torres de la Casa Real, que dan al bosque, y el saneamiento del subsuelo del palacio árabe. En la restauración siguió el antiguo criterio romántico, desprovisto de respeto arqueológico (oratorio del Mexuar, habitaciones entre el patio de los Leones y el de las bóvedas de los Baños, lienzo de murallas entre las torres de los Picos y del Candil).

\* \* \*

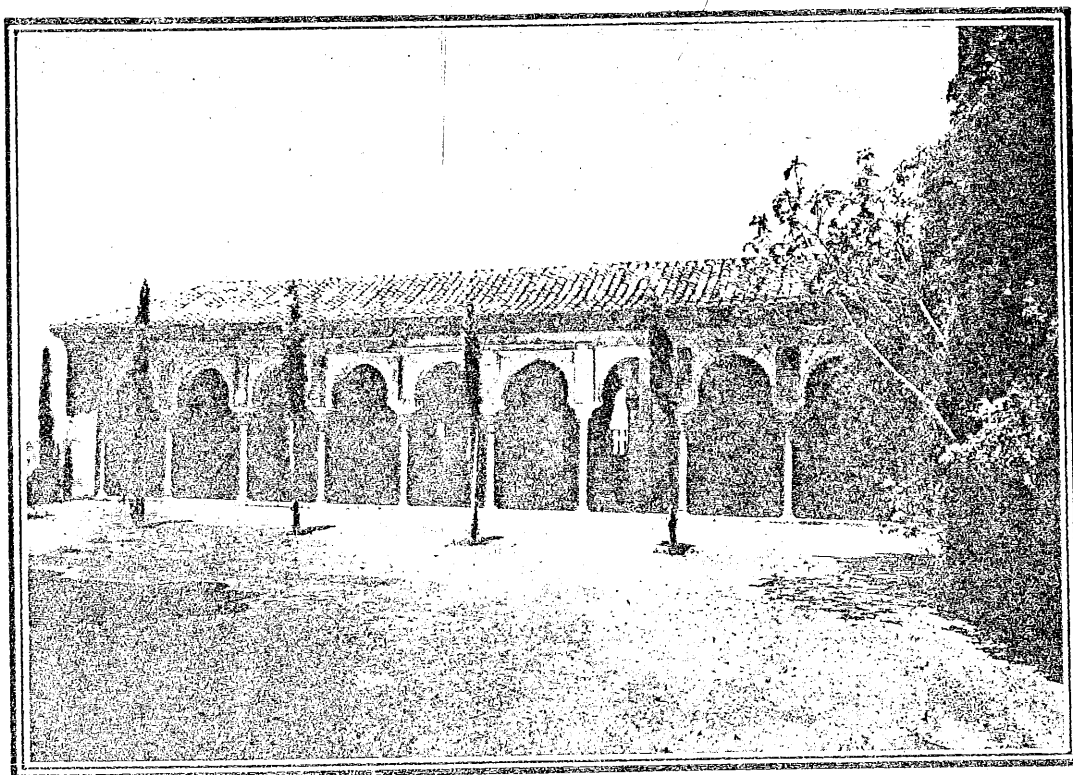
Cuando hace algo más de cuatro años —en 1923— fuimos nombrados para la dirección de la Alhambra, llevamos a ella un criterio, ya generalizado por el mundo culto y practicado más o menos sinceramente, de máximo respeto a la obra antigua, de acuerdo con el interés arqueológico y aun con el artístico: conservar y reparar casi siempre, restaurar tan sólo en último término, procurando que la obra moderna no sea una falsificación y pueda distinguirse siempre de la vieja.

Tal criterio no era en la Alhambra una novedad. Desde hace largo tiempo lo venían sosteniendo, sin fortuna, espíritus solitarios de refinada sensibilidad artísti-

(1) Archivo. Legajos 228, 45 y 211.

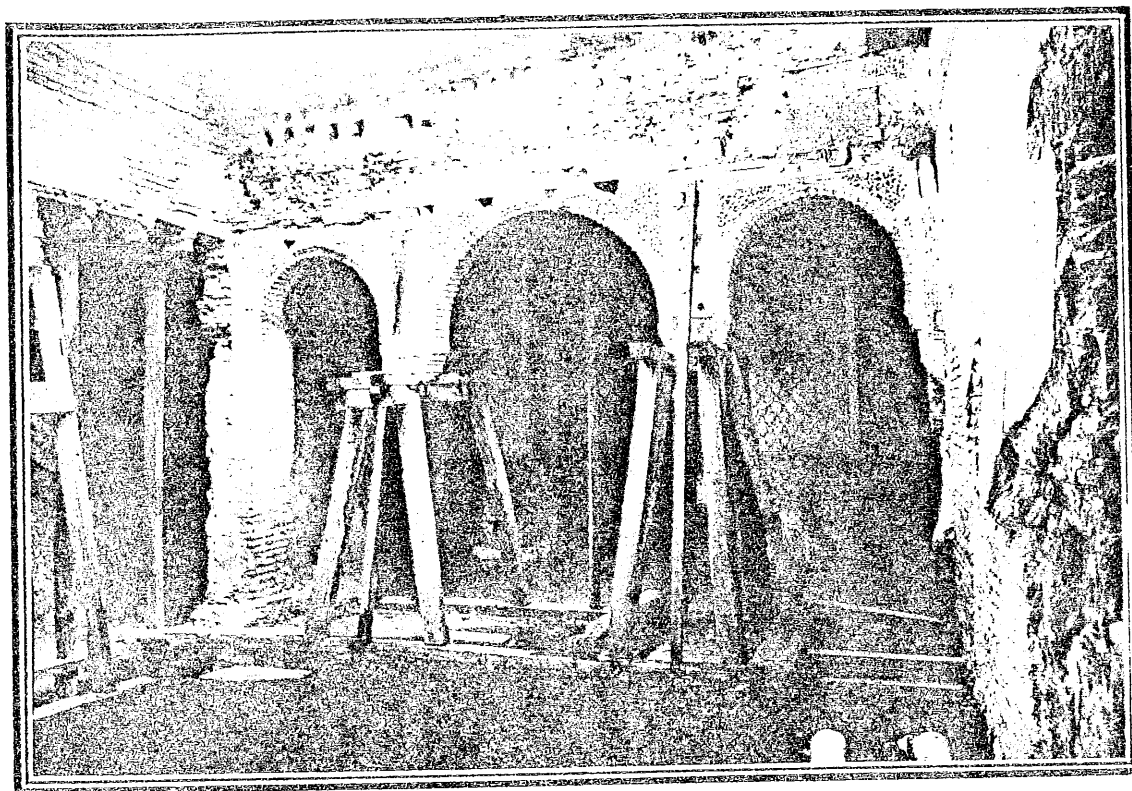


La galería de Machuca en 1924, antes de su reparación.

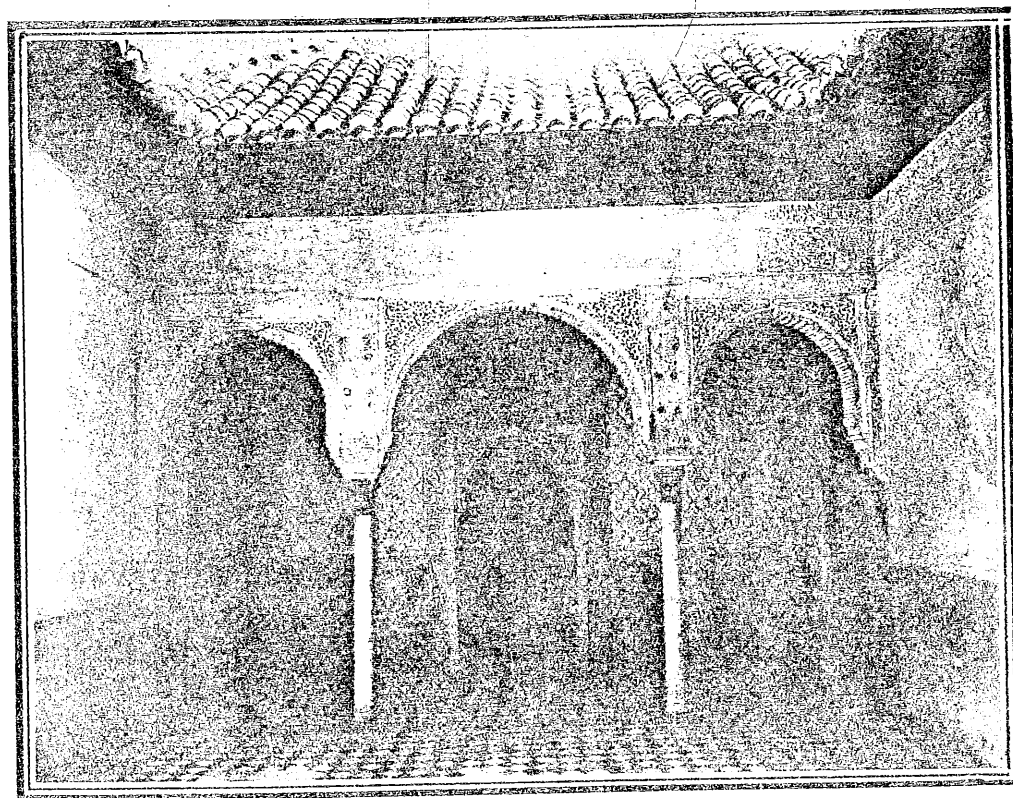


La galería de Machuca en 1925 después de su reparación.

(Fotos Torres Molina.)



El patio del Harem en 1923, antes de su reparación.

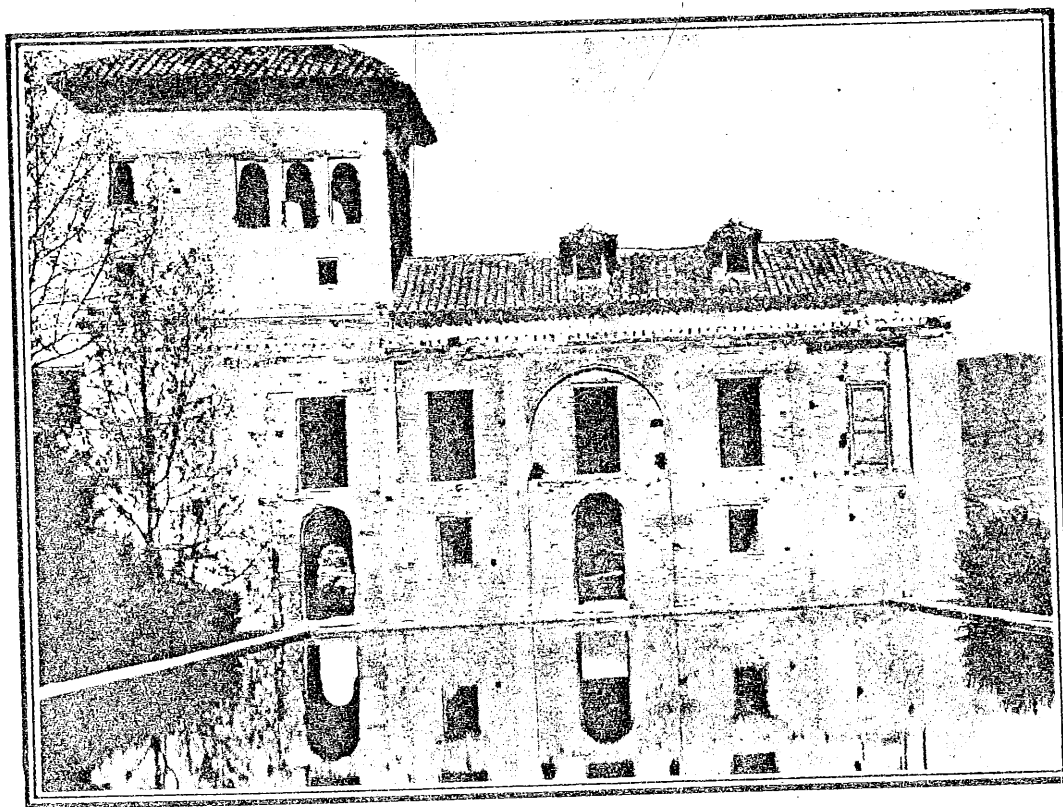


El patio del Harem en 1924, después de reparado.

(Fotos Torres Molina.)



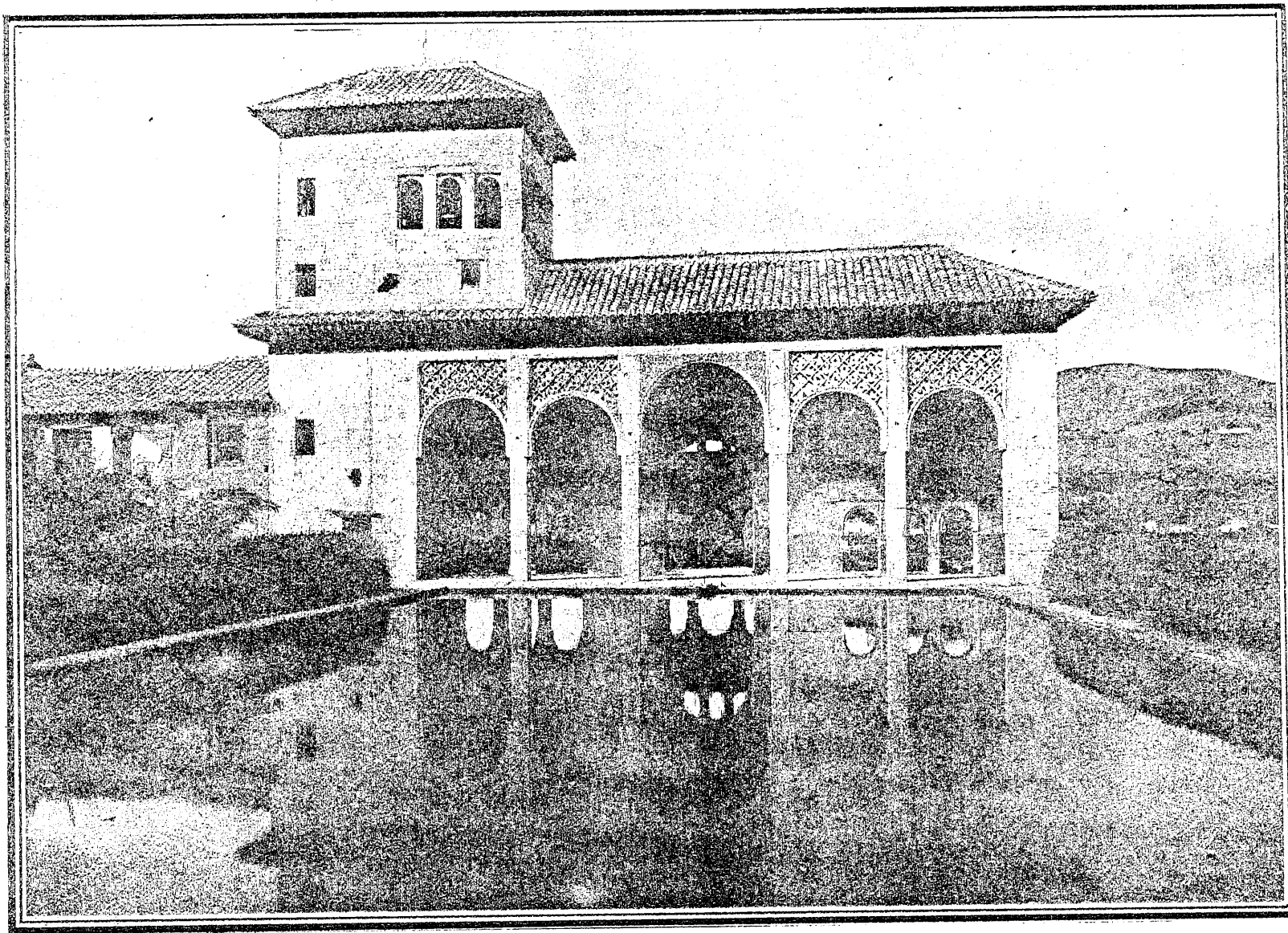
La Torre de las Damas en 1834, según un dibujo de Lewis.



La Torre de las Damas en 1923, antes de su reparación.

(Fotos Torres Molina.)





La Torre de las Damas en 1924, después de reparada.

(Fot. Torres Molina.)

ca. Giménez Serrano, en 1846, escribía: "Esta joya preciosa (la Alhambra) bien merecía mejor conservación, y que manos impías y groseras no la destrozasen. Al santuario deben acercarse los profanos destocados y con veneración. Preferibles son las ruínas a prosaicas y disparatadas restauraciones; excitan las unas poéticos sentimientos y desprecio las otras" (1). Un granadino ilustre, D. Juan Facundo Riaño, defendió la misma teoría, y otro, conocedor y amante cual ninguno de los monumentos de su tierra, D. Manuel Gómez Moreno, luchó toda su vida por defender la Alhambra de los restauradores. Para evitar la obra de éstos creóse el Patronato en 1914, y su presidente D. Guillermo J. de Osma, escribía que su misión era "conservar, consolidar y respetar la Alhambra... La que nos incumbe conservar no es la que vivieron Mohamed y Boabdil: es lo que resta de aquellas; más lo que en ella actuaron los siglos sucesivos; más también lo que ha aportado la Naturaleza" (2). Fracasado el Patronato, y disuelto, uno de sus miembros, el Marqués de la Vega Inclán, decía, en 1915: "No solamente hoy se completan trozos que desaparecieron, sino que, además, una vez sacados y vaciados en los talleres, se repasan, se liman, se atormentan, se afilan sus aristas y luego se colocan, *plus beau que mature*" (3). No otro era el criterio del arquitecto D. Ricardo Velázquez Bosco, quien en un informe de 1903 sostiene que "deben casi suprimirse las restauraciones o reducirse a casos muy justificados, limitándose preferentemente las obras a las de conservación que preserven al monumento de la ruina... Sería difícil precisar lo que ha ocasionado mayor daño, si el abandono o las restauraciones.

Lo primero nos ha conservado, aunque ruinosas, venerables páginas de pasadas edades, de gran valor histórico-artístico y ejemplos de aquella brillante arquitectura, producto y reflejo de nuestra civilización hispano-árabe, mientras que las restauraciones nos transmiten desfigurados y falsos documentos, que sólo a la duda o al error pueden conducir." Y más tarde, en 1917, en la Memoria del plan general de conservación de la Alhambra, afirma que las obras que en él se proponen "son exclusivamente de conservación, a fin de contener la ruina, excluyendo todo cuanto tenga carácter de restauración, la que por ahora sólo en algún caso muy excepcional puede aconsejarse... La restauración, si se hiciera, tendría que ser muy costosa y muy meditada y discutida, y difícilmente podría llegarse a un acuerdo, con el peligro de hacer una Alhambra nueva y sin valor alguno."

\* \* \*

Las palabras de conservación y restauración, tan usadas en este y otros casos análogos, exigirían un previo examen para dilucidar los conceptos que encierran. Es frecuente el caso de gentes que se declaran acérrimos conservadores, y luego, en la práctica, resultan radicales restauradores. Recordemos, entre otros muchos ejemplos, el de D. Rafael Contreras, quien escribió: "Sostenemos con respecto a la restauración de las obras de arte la opinión de conservarlas hasta donde sea humanamente posible; y después de que la obra se cae, rota o pulverizada, reponerla, cubriendo el hueco con otra semejante, para que la nueva sujete a la antigua, que se halla expuesta a desaparecer también" (1).

Según queda dicho, nuestro criterio al llegar a la Alhambra fué el de estricta conservación y respeto a la obra antigua,

(1) *Manual del artista y del viajero en Granada*, segunda edición, Granada, 1846.

(2) *El Patronato de la Alhambra* (1914-15), Madrid.

(3) *La Comisaría Regia del Turismo en la Alhambra de Granada*, Febrero, 1915.

(1) *Estudio descriptivo de los monumentos árabes de Granada, Sevilla y Córdoba*, segunda edición, Madrid, 1878.

pero sin dogmatismos ni intentos de aplicar teorías *a priori* hasta sus últimas consecuencias a un monumento de tal vitalidad. Cada viejo edificio presenta un problema diferente, y debe ser tratado de distinta manera; cada aposento o parte de la Alhambra plantea nuevos problemas, que deben ser resueltos para cada caso particular. Eclecticismo y elasticidad; tal creemos que ha sido nuestra fórmula, dentro de un criterio radical de conservación, en el que se ha atendido tanto a la solidez de las fábricas cuanto a su interés arqueológico y aspecto artístico.

\* \* \*

En 1923, algunas de las estancias de la Alhambra amenazaban hundirse de un momento a otro. Viejos apeos, en su mayor parte, sostenían penosamente el llamado patio del Harém, la galería de Machuca y el convento de San Francisco. Rodeada de andamios estaba también la torre de las Damas; arruinadas, sin techo, las casitas árabes inmediatas, y una lona cubría la que guardaba en su planta alta las interesantísimas pinturas murales descubiertas en 1907, mientras las aguas iban socavando sus muros de tierra.

¿Llegaríase a tiempo de salvar todas estas construcciones con arreglo a las disponibilidades económicas y al buen régimen de las obras, ejecutadas por obremos especializados, en corto número? Muchas veces, durante estos años, temimos que la Alhambra quedase disminuía al perder una de esas partes en ruínas; muchas noches, de huracán o lluvia, temimos que al día siguiente un montón de escombros ocupase el lugar de lo que fué galería de Machuca, patio del Harém o viviendas árabes del Partal. Hoy estas construcciones están totalmente reparadas; en el convento de San Francisco se trabaja actualmente, y lo estará en breve, gracias al actual Director de Bellas Artes, señor Conde de las Infantas.

A más de éstas se han hecho otras varias obras: jardines del Partal; arreglo de los aposentos del Mexuar y del patio del Cuarto Dorado; restitución de la vieja entrada; apertura de los pasadizos entre la sala de la Barca y el salón de Comares, rellenos de gruesos sillares desde el siglo XVII; reparación de las naves de saliente, poniente y mediodía del patio de la Alberca, de las armaduras de la galería del de los Leones, de la Rauda y de las habitaciones altas de la sala de Dos Hermanas. Y a más de esto una labor pequeña y diaria de reparar solerías, colocar hojas de madera en muchas puertas que carecían de ellas; fijar decoraciones de escayola caídas o próximas a desprenderse; clavar los trozos de encintado de madera que forman el lazo de los techos; dar agua a fuentes, silenciosas desde hacía largos años (fuentes del patio de la Reja, sala de las Camas, patio a saliente de la sala de los Secretos, jardines del Partal, pilar inmediato a la puerta de las Granadas, pilas de los Baños), y plantar árboles, flores y enredaderas junto a los viejos muros exteriores, en donde hubo jardines, entre los cimientos de aspecto ingrato de las excavaciones.

\* \* \*

Para los que pudiéramos incluir en el vulgo en estas cuestiones de la reparación de monumentos—y en esa categoría entran gentes de significación social y, aunque más raras, de alguna cultura—, la última etapa de la conservación de la Alhambra ha sido funesta para el monumento. Quisieran ver éste completo, como recién terminado, sin faltarle detalle. Gentes de poca imaginación, no son capaces de representarse, ayudándose de los restos existentes, la realidad de antaño. Para tranquilizarles conviene decir, por si no se hubieran enterado, que para la aplicación de su sistema no se ha perdido más que el tiempo, y éste, cuando se redu-



Lo imposible sería luego, si en otra rotación se impusieran las gentes partidarias de la conservación y el respeto arqueológico, lograr distinguir la obra vieja de la nueva, lo auténtico de lo falso, la creación artística original, embellecida y ennoblecida por el tiempo, de la copia fría y sin espíritu, por serlo, de nuestros días.

Granada-Alhambra, julio de 1927.

Editorial Labor:

Rawlinson.—*Historia de la antigua Egipto*.  
British Museum. Guide to the Babilonian and  
Assyrian antiquities.

Musée du Louvre. Catalogues des antiquités chaldéennes.

Rouge.—Notice des monuments exposés dans la galerie d'antiquités égyptiennes au Louvre.

Pardo Pimentel.—*La ópera italiana.*  
Viardot.—*Las Bellas Artes en España.*

Ponzoa y Bover. — *Diccionario de antigüedades.*

Rovilla.—*Vida de Máiquez*, con retrato grabado por Goya.

Balsa de la Vega.—*Lucas*.  
Croce.—*Estética*.

George.—*Problemas sociales.*  
Bergson.—*La conciencia.*

Gay.—*El imperialismo.*  
Leguina.—*Obras de bro*

Idem.—*Las armas de Don Quijote.*  
 Ruskin.—*Prerrafaelismo.*

Cuartero.—*La vida política. El orador.*

Urbano.—*Manual del perfecto enfermo.*

Carré.—*Influencia de la literatura gallega en*

Gómez Carrillo.—*El modernismo.*

Idem.—Grecia.

Varios.—*El Dos de Mayo.*